

A MEDIA NOCHE



Van jinete y espolique entre una nube de polvo: en la lejanía son apenas dos bultos que se destacan por obscuro sobre el fondo sangriento del ocaso. La hora, el sitio y lo solitario del camino, ayudan al misterio de aquellas sombras fugitivas. En una encrucijada el jinete tiró de las riendas al caballo y lo paró, dudando entre tomar el camino de ruedas ó el de herradura. El espolique, que corría delante, parándose á su vez y mirando alternativamente á una y otra senda, interrogó:

—¿Por dónde echamos, mi amo?

El jinete dudó un instante antes de decirse, y después contestó:

—Por donde sea más corto.

—Como más corto es por el monte.

—Pues por el monte.

—Pero por el camino real se evita pasar de noche la robleda del molino... ¡Tiene una fama!...

Volvió á sus dudas el de á caballo, y tras un momento de silencio á preguntar:

—¿Qué distancia hay por el monte?

—Habrá como cosa de unas tres leguas.

—¿Y por el camino real?

—Pues habrá como cosa de cinco.

El jinete dejó de refrenar el caballo.

—¡Es mucho!... ¡Es mucho!...

Y sin detenerse echó por el viejo camino que serpentea á través del descampado donde apenas crece una hierba desmedrada y amarillenta. A lo lejos, confusas bandadas de vencejos revoloteaban sobre la laguna pantanosa. El mozo, que se había quedado un tanto atrás observando el aspecto del cielo y el dilatado horizonte donde apare-

cían ya muy desvaídos los arreboles del ocaso, corrió á emparejarse con el jinete:

—¡Pique bien, mi amo! Si pica puede ser que aun tengamos luna para pasar la robleda.

Pronto se perdieron en una revuelta, entre los álamos que marcan la línea irregular del río. Cerró la noche y comenzó á ventar en ráfagas que pasaban veloces y roncadas, inclinando los árboles sobre el camino, con un largo murmullo de todas sus hojas. Jinete y espolique corrieron mucho tiempo en la obscuridad profunda de una noche sin estrellas. Ya se percibía el rumor de la corriente que alimenta el molino y la masa oscura del robledal, cuando el mozo advirtió en voz baja:

—Mi amo, vaya prevenido por lo que pueda saltar.

—No hay cuidado.

—Y bien que le hay. Una vez, era uno así de la misma conformidad, porque tam-

poco tenía temor, y en la misma puente le salieron dos hombres y robáronle, y no lo mataron por milagro divino.

—Esos son cuentos.

—¡Tan cierto lo es como que todos nos hemos de morir!

El jinete guardó silencio. Percibíase más cerca el rumor de la corriente aprisionada en los viejos canjilones del molino, era un rumor lleno de vaguedad y de misterio que tan pronto fingía alarido de can que ventea la muerte, como gemido de hombre á quien quitan la vida. El espolique corría al flanco del caballo. Allá en la hondonada recortaba su oscura silueta una iglesia cuyas campanas sonaban lentamente con el toque del nublado. El jinete murmuró:

—Ya estamos cerca de la rectoral.

Y respondió el espolique:

—Engaña mucho la luna, mi amo.

De pronto moviéronse las zarzas de un

seto separadas con fuerza, y una sombra saltó en mitad del camino:

—¡Alto! La bolsa ó la vida.

Encabritóse el caballo, y el resplandor de un fogonazo iluminó con azulada vislumbre el rostro zaino y barbinegro de un hombre que tenía asidas las riendas y que se tambaleó y cayó pesadamente. El espolique creyó reconocerle:

—Mi amo, paréceme el Chipén.

—¿Quién dices?

—El hijo del molinero.

Estaba tendido en medio del camino. Tenía una hoz asida con la diestra; descalzos los pies, que parecían de cera; la boca llena de tierra y chamuscada la barba. Un hilo de sangre le corría de la frente. El jinete, afirmándose en la silla, le hincó las espuelas al caballo, que temblaba, y le hizo saltar por encima. El espolique le siguió. Chispearon bajo los cascos las piedras del camino, y amo y criado se perdieron en la

obscuridad. Pronto descubrieron el molino en un claro del ramaje que iluminaba la luna. Era de aspecto sospechoso y estaba situado en una revuelta. Sentada en el umbral dormitaba una vieja tocada con el mantelo. Parecía hallarse en espera. El espolique la interrogó á voces:

—¿Lleva agua la presa?

La vieja se incorporó sobresaltada:

—Agua no falta, hijo.

—¿A quién aguarda?

—A nadie... Salíme un momento hace á tomar la luna. Tengo molienda para toda la noche y hay que velar.

—¿No está el pariente?

—No está. Fuese á la villa para cumplir con la señora, mi ama, á quien pagamos un foro de doce ferrados de trigo y doce de centeno.

—¿Y el rapaz?

—Marchóse anohecido. Cosas de rapaces: pidióle relación á una moza de la al-

dea y tiene con ella parrafeo todas las noches.

—Bien dice: cosas de rapaces.

—Aquí estoy esperándole.

—Espérole muy dichosa.

Y el espolique se alejó corriendo para dar alcance al jinete. Emparejóse y siguió jadeante al flanco del caballo. Habían dejado el camino de herradura por otro de ruedas cuando se cruzaron con un arriero que iba medio dormido sobre su mula, arrebujado en una manta. Apartados sobre la orilla del camino secretaron amo y criado:

—Nos exponemos á un mal encuentro.

—Eso pensaba, mi amo.

—Tú, ahora te vuelves con el caballo.

—¿No quiere que le lleve hasta la puente?

—No... Tomando el atajo, pronto me pongo en casa del abad de Bradomín.

—¿Estarán allí los mozos de la partida?

—Estará, cuando menos, don Ramón María. ¿No te he dicho que me esperaba?

—Eso djome, sí, señor.

—¿Qué hora será?

—Cuando cruzamos la aldea ya cantaban los gallos.

—Aun hay tres horas de noche.

—Eso habrá. ¿Conoce el camino?

—Creo que sí.

—Más mejor, salvo su parecer, sería que llegásemos á la puente, y luego yo volveríame por la vereda, que es camino más seguro.

—No, no... Si recelas algo aun alcanzas compañía... Monta, si quieres.

Y señalaba al arriero que subía el camino lleno de charcos, donde se reflejaba la luna. Obedeció el espolique, y una vez sobre la silla se inclinó para escuchar al caballero, que le habló en voz baja. Terminado el coloquio, el caballero se hizo á un lado para dejarle paso, y murmuró, llevándose un dedo á los labios:

—¡De lo de esta noche, ni esto!

Y el espolique repuso al mismo tiempo que ponía espuelas al caballo:

—¡Descuide!

El caballero, al verse solo, se santiguó devotamente. ¿A dónde iba? ¿Quién era? Tal vez fuese un emigrado. Tal vez un cabecilla que volvía de Portugal. Pero de las viejas historias, de los viejos caminos, nunca se sabe el fin.

* * * * *

COMEDIA DE ENSUEÑO

(Una cueva en el monte, sobre la encrucijada de dos caminos de herradura. Algunos hombres á caballo llegan en tropel, y una vieja asoma en la boca de la cueva. Su figura se destaca por obscuro sobre el fondo rojizo donde llamea el fuego del hogar. Es la hora del anochecer, y las águilas que tienen su nido en los peñascales, se ciernen sobre ellos con un vuelo pesado que deja oír el golpe de las alas.)

LA VIEJA

¡Con cuánto afán os esperaba, hijos míos!
Desde ayer tengo encendido un buen fuego
para que podáis calentaros. Vendréis desfallecidos.

(La vieja éntrase en la cueva, y los hombres descabalgan. Tienen los rostros ce-
trinos, y sus pupilas destellan en el blan-
co de los ojos con extraña ferocidad. Uno
de ellos queda al cuidado de los caballos,
y los otros, con las alforjas al hombro, pe-
netran en la cueva y se sientan al amor
del fuego. Son doce ladrones y el Capitán.)

LA VIEJA

¿Habéis tenido suerte, mis hijos?

EL CAPITÁN

¡Ahora lo veréis, Madre Silvia! Mucha-
chos, juntad el botín para que puedan ha-
cerse las particiones.

LA VIEJA

Nunca habéis hecho tan larga ausencia.

EL CAPITÁN

No requería menos el lance, Madre Silvia.

(La Madre Silvia tiende un paño sobre
el hogar, y sus ojos acechan avarientos có-
mo las manos de aquellos doce hombres des-
aparecen en lo hondo de las alforjas y sa-
can enredadas las joyas de oro que destel-
lan al temblor de las llamas.)

LA VIEJA

¡Jamás he visto tan rica pedrería!

EL CAPITÁN

¿No queda nada en tus alforjas, Ferra-
gut?

FERRAGUT

¡Nada, Capitán!

EL CAPITÁN

¿Y en las tuyas, Galaor?

GALAOR

¡Nada, Capitán!

EL CAPITÁN

¿Y en las tuyas, Fierabrás?

FIERABRÁS

¡Nada!...

EL CAPITÁN

Está bien. Tened por cierto, hijos míos, que pagaréis con la vida cualquier engaño. Alumbrad aquí, Madre Silvia.

(La Madre Silvia descuelga el candil. El Capitán requiere sus alforjas, que al entrar dejó sobre un escaño que hay delante del fuego, y los ladrones se acercan. Sobre aquel grupo de cabezas cetrinas y curiosas flama el reflejo sangriento de la hoguera. El Capitán saca de las alforjas un lenzuelo bordado de oro, y al desplegarlo se ve que sirve de mortaja á una mano cercenada: una mano de mujer con los dedos llenos de anillos y blancura de flor.)

LA VIEJA

¡Qué anillos! Cada uno vale una fortuna. No los hay ni más ricos ni más bellos. Aprended, hijos...

EL CAPITÁN

¡Bella también es la mano, y mucho debía serlo su dueña!

LA VIEJA

¿No la has visto?

EL CAPITÁN

No... La mano asomaba fuera de una reja, y la hice rodar con un golpe de mi yatagán. Era una reja celada de jazmines, y sin el fulgor de los anillos la mano hubiera parecido otra flor. Yo pasaba al galope de mi caballo, y sin refrenarlo la hice caer entre las flores, salpicándolas de sangre: apenas tuve tiempo para cogerla y

huir... ¡Ay, si hubiera podido imaginarla tan bella!

(El Capitán queda pensativo: una nube de tristeza empaña su rostro y en los ojos negros y violentos que contemplan el fuego tiembla el áureo reflejo de las llamas y de los sueños. Uno de los ladrones alcanza la mano, que yace sobre el paño de tisú, é intenta despojarla de los anillos que parecen engastados á los dedos yertos. El Capitán levanta la cabeza y fulmina una mirada terrible.)

EL CAPITÁN

Deja lo que no puedes tocar, hijo de una perra. Deja esa mano que en mal hora cortó mi yatagán. ¡Así hubieran cegado mis ojos cuando la vi! ¡Pobre mano blanca que pronto habrá de marchitarse como las flores, diera todos mis tesoros por unirla otra vez al brazo de donde la corté!...

LA VIEJA

¡Y acaso hallaras un tesoro mayor!

EL CAPITÁN

Y por ver el rostro de aquella mujer dierra la vida. Madre Silvia, tú que entiendes los misterios de la quiromancia, dime quién era.

(El Capitán suspira, y los ladrones callan, asombrados de ver cómo dos lágrimas le corren por las fieras mejillas. La Madre Silvia toma entre sus manos de bruja aquella mano blanca, y sin esfuerzo la despoja de los anillos. Luego frota la yerta palma para limpiarla de la sangre y poder leer en sus rayas. Los ladrones callan y atienden.)

LA VIEJA

¡Desde el nacer, ésta mano hallábase destinada á deshojar en el viento la flor que dicen de la buenaventura! Es la mano de

una doncella encantada que, cuando dormía el enano su carcelero, asomaba fuera de la reja llamando á los caminantes.

EL CAPITÁN

¡Con qué tierno misterio aun me llama á mí!

LA VIEJA

Ojos humanos no la habían visto hasta que la vieron los tuyos, porque el poder del enano á unos se la fingía como paloma blanca y á otros como flor de la reja florida.

EL CAPITÁN

¡Por qué mis ojos la vieron sin aquel fingimiento!

LA VIEJA

Porque se había puesto los anillos para que más no la creyesen ni paloma ni flor. Y pasaste tú, y de no haberla hecho rodar

tu yatagán, te habrías desposado con la encantada doncella, que es hija de un rey.

(El Capitán calla pensativo. La Madre Silvia, á la luz del candil, cuenta y precia los anillos. Ferragut, Galaor, Fierabrás y los otros ladrones hacen la división del botín.)

FERRAGUT

Dadme acá esos anillos, Madre Silvia.

GALAOR

Dejad que los veamos.

FIERABRÁS

¡Buen golpe ha dado el Capitán!

ARGILAO

¿No serán esos anillos cosa de encanto, que desaparezca?...

SOLIMÁN

Si eso temes, yo te compro el que te caiga en suerte.

BARBARROJA

Yo te lo compro, te lo cambio ó te lo juego.

LA VIEJA

Esplenden tanta luz, que hasta mis manos arrugadas parecen hermosas con ellos.

(Después de estas palabras hay un silencio: se ha oído el canto de la lechuza, y todos atienden. Aún dura el silencio cuando en la boca de la cueva aparece una sombra con sayal penitente y luenga barba. Entra encapuchada y doblándose sobre el bordón: en medio de la cueva se endereza y se arranca las barbas venerables que arroja en el hogar, donde levantan una llama leve y volandera. Los ladrones ríen con algazara. El Capitán pasea sobre ellos su mirada.)

EL ERMITAÑO

Una nueva os traigo que no es para fruncir el ceño, Capitán.

EL CAPITÁN

Dila pronto, y vete.

EL ERMITAÑO

Antes de amanecer pasará por el monte una caravana de ricos mercaderes.

(Los ladrones se alborozan con risa de lobo que muestra los dientes. Ferragut afila su puñal en la piedra del hogar, y la vieja echa otro haz en el fuego.)

EL CAPITÁN

¿Son muchos los mercaderes?

EL ERMITAÑO

Son los hijos y los nietos de Eliván el Rojo.

EL CAPITÁN

¿Y á dónde caminan?

EL ERMITAÑO

A tierras lejanas, con sedas y brocados.

(El Capitán calla contemplando el fuego, y vuelve á sumirse en la niebla de su ensueño. En la cueva penetra cauteloso un perro, uno de esos perros vagabundos que de noche, al claro de la luna, corren por la orilla de las veredas solitarias. Se arrija al muro y con las orejas gachas rastrea en la sombra. Alguna vez levanta la cabeza y olfatea el aire: los ojos le relucen: es un perro blanco y espectral. Se oye un grito. El perro huye, y en los dientes lleva la mano cercenada, flor de albura y de misterio, que yacía sobre el paño de oro. Los ladrones salen en tropel á la boca de la cueva. El perro ha desaparecido en la noche.)

EL CAPITÁN

¡Seguidle!

FERRAGUT

Parece que las sombras se lo hayan tragado.

SOLIMÁN

Entró en la cueva sin ser visto de nadie.

GALAOR

Es un perro embrujado.

BARBARROJA

Por suerte, se lleva solamente la mano, que de los anillos ya había cuidado de despojarla la Madre Silvia.

EL CAPITÁN

¡Seguidle! La mitad de mis tesoros daré al que me devuelva esa mano. ¡Seguidle! Ferragut, Galaor, Solimán, batid el monte sin dejar una mata. Barbarroja, Gaiferos, Cifer, vosotros corred los caminos. ¡Pronto, á caballo! La mitad de mis tesoros tiene el que me devuelva esa mano y todos los anillos que habéis visto lucir en sus dedos yertos. ¡Pronto, pronto, á caballo! ¿No habéis oído? ¿Quién desoye mis órdenes? A

batir el monte, á coiter los caminos ó rodarán vuestras cabezas.

(El grupo de los ladrones permanece inmóvil en la encrucijada, y más al fondo, los caballos con las sillas puestas, muerden la hierba áspera del monte. La luna ilumina el paraje rocoso, batido por todos los vientos. Se oye que pasa á lo lejos la caravana lenta y soñolienta. La Madre Silvia, desde la entrada de la cueva, deja oír su voz.)

LA VIEJA

Hijos míos, no corráis el mundo inútilmente, que moriríais de viejos á lo largo de los caminos sin hallar la mano de la Princesa... La caravana pasa, y aprovechad el bien que os depara la suerte.

EL CAPITÁN

Calla, vieja maldita, si no quieres que te clave la lengua con mi puñal.

FERRAGUT

¡No lo permitiera yo!

SOLIMÁN

¡Ni yo!

BARBARROJA

La Madre Silvia habla en razón.

GALAOR

El Capitán ha sido hechizado por aquella mano que cortó.

CIFER

Yo por nada del mundo me pondría uno solo de sus anillos.

GAIFEROS

Yo, si alguno me toca en suerte al reparar el botín, desde ahora lo renuncio.

EL CAPITÁN

¡Callad, hijos de una perra! Yo iré solo,

pues de ninguno necesito. Vosotros quedad aquí esperando la soga del verdugo.

(Adelanta un paso hacia el grupo de su gente, y queda mirándolos con altivo desdén. Los ladrones esperan torvos y airados, prevenidas las manos sobre los puñales. Se oye más cerca el rumor de la caravana que cruza por el monte. El Capitán, con una gran voz llama á su caballo, monta y se aleja.)

LA VIEJA

¡Aguarda un consejo!

GAIFEROS

No le llaméis que no habrá de escucharnos.

ARGILAO

Ya nunca volverá.

FERRAGUT

Desde ahora, yo seré vuestro Capitán.

BARBARROJA

Yo lo seré.

SOLIMÁN

Ved que todos pudiéramos decir lo mismo.

GALAOR

Lo echaremos á suertes.

CIFER

Que los dados lo decidan.

(La Madre Silvia tiende en el suelo el paño de oro que fué mortaja de la mano blanca, y los ladrones fían su suerte á los dados, mientras que por el camino que ilumina la luna corre un jinete en busca de la mano de la Princesa Quimera.)

* * * * *

NOCHEBUENA



Era en la montaña gallega. Yo estudiaba entonces gramática latina con el señor Arcipreste de Celtigos, y vivía castigado en la rectoral. Aun me veo en el hueco de una ventana, lloroso y suspirante. Mis lágrimas caían silenciosas sobre la gramática de Nebrija, abierta encima del alféizar. Era el día de Nochebuena, y el señor Arcipreste habíame condenado á no cenar hasta que supiese aquella terrible conjugación: «Fero, fers, tuli, latum.»

Yo, perdida toda esperanza de conseguirlo, y dispuesto al ayuno como un santo ermitaño, me distraía mirando al huerto, donde cantaba un mirlo, que recorría á saltos las ramas de un nogal centenario. Las nubes, pesadas y plumizas, iban á congregarse.

se sobre la Sierra de Celtigos en un horizonte de agua, y los pastores, dando voces á sus rebaños, bajaban presurosos por los caminos, encapuchados en sus capas de juncos. El arco iris cubría el huerto, y los nogales oscuros y los mirtos verdes y húmedos parecían temblar en un rayo de anaranjada luz. Al caer la tarde, el señor Arcipreste atravesó el huerto: andaba encorvado bajo un gran paraguas azul: se volvió desde la cancela, y viéndome en la ventana me llamó con la mano. Yo bajé tembloroso. El me dijo:

—¿Has aprendido eso?...

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque es muy difícil.

El señor Arcipreste sonrió bondadoso:

—Está bien: mañana lo aprenderás. Ahora acompáñame á la iglesia.

Me cogió de la mano para resguardarme con el paraguas, pues comenzaba á caer

una ligera llovizna, y echamos camino adelante. La iglesia estaba cerca. Tenía una puerta chata de estilo románico y, según decía el señor Arcipreste, era fundación de la Reina doña Urraca. Entramos. Yo quedé solo en el presbiterio, y el señor Arcipreste pasó á la sacristía hablando con el monago, recomendándole que lo tuviese todo dispuesto para la misa del gallo. Poco después volvíamos á salir. Ya no llovía, y el pálido creciente de la luna comenzaba á lucir en el cielo triste é invernal. El camino estaba oscuro, era un camino de herradura, pedregoso y con grandes charcos. De largo en largo hallábamos algún rapaz aldeano que dejaba beber pacíficamente á la yunta cansada de sus bueyes. Los pastores que volvían del monte trayendo los rebaños por delante, se detenían en las revueltas y arrebaban á un lado sus ovejas para dejarnos paso. Todos saludaban cristianamente:

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea!

—Vaya muy dichoso el señor Arcipreste y la su compañía.

—¡Amén!

Cuando llegamos á la rectoral era noche cerrada. Micaela, la sobrina del señor Arcipreste, trajinaba disponiendo la cena. Nos sentamos en la cocina al amor de la lumbré. Micaela me miró, sonriendo:

—¿Hoy no hay estudio, verdad?

—Hoy no.

—Arrenegados latines, ¿verdad?

—¡Verdad!

El señor Arcipreste nos interrumpió severamente:

—No sabéis que el latín es la lengua de la Iglesia...

Y cuando ya cobraba aliento el señor Arcipreste para edificarnos con una larga plática llena de ciencia teológica, sonaron bajo la ventana alegres conchas y bulliciosos pan-

deros. Una voz cantó en las tinieblas de la noche:

Nos aquí venimos,
nos aquí llegamos,
si nos dan licencia
nos aquí cantamos.

El señor Arcipreste les franqueó por sí mismo la puerta, y un corro de zagales invadió aquella cocina siempre hospitalaria. Venían de una aldea lejana: al son de los panderos cantaron:

Falade ven baixo,
andade pasiño,
porque non desperte
o noso meniño.

O noso meniño,
o noso Jesús,
que durme nas pallas
sen verce é sen luz.

Callaron un momento, y entre el júbilo de las conchas y de los panderos volvieron á cantar:

Si non fora porque teño
esta cara de aldean,
deralle catro biquiños
nesa cara de mazan.

Vamos de aquí par 'a aldea
que xa vimos de ruar;
esta Jesus á dormir
é podemoso espertar.

Tras de haber cantado, bebieron largamente de aquel vino agrio, fresco y sano que el señor Arcipreste cosechaba, y refocilados y calientes, fuéronse haciendo sonar las conchas y los panderos. Aun oíamos el choqueo de sus madreñas en las escaleras del patín, cuando una voz entonó:

Esta casa e de pedra:
O diaño ergueuna axiña,
para que durmisen xuntos
o Alcipreste e sua sobriña.

Al oír la copla, el señor Arcipreste frunció el ceño. Micaela enderezóse colérica, y abandonando el perol donde hervía la clá-

sica compota de manzanas, corrió á la ventana dando voces:

—¡Mal hablados!... ¡Mal enseñados!... ¡Así vos salgan al camino lobos rabiosos!

El señor Arcipreste, sin desplegar los labios, se paseaba picando un cigarro con la uña y restregando el polvo entre las palmas. Al terminar llegóse al fuego y retiró un tizón que le sirvió de candela. Entonces fijó en mí sus ojos, enfoscados bajo las cejas canas y crecidas. Yo temblé. El señor Arcipreste me dijo:

—¿Qué haces? Anda á buscar la gramática latina.

Me levanté y salí suspirando. Así terminó mi Nochebuena en casa del señor Arcipreste de Celtigos, Q. E. S. G. H.

* * * * *